

LA FE DEL SACERDOTE DE HOY

La fe, tomada como trama de la propia vida cristiana del sacerdote --y no meramente como fundamento de su oficio pastoral--, va adquiriendo en cada época un nuevo rostro. Los rasgos de la fe de hoy ofrecen características peculiares que no existieron en otros tiempos.

*(A los sacerdotes católicos alemanes. Hannover, Katholikentag 1962)
Der Glaube des Priesters heute, Orientierung, 19-20 (1962) 215-219, 227-231.*

I-TRES OBSERVACIONES

Antes de comenzar propondré tres *tesis* o preámbulos, que no me entretendré en razonar.

1.° Se puede hablar de una fe de hoy

La fe, por su propia esencia, va presentando sucesivamente nuevas formas o expresiones históricas.

Para un cristiano esta tesis es evidente. Es verdad que la fe, en cuanto relación entre el hombre y Dios que nos salva, permanece siempre la misma e idéntica a través de todos los tiempos. Pero su rostro va cambiando: hay una Historia de la Fe, tal como hay una Historia de la Revelación. Por esto se puede hablar de una fe de *hoy*. Porque en cada época va expresando de forma nueva su antigua esencia. Cada época y cada particular debe *realizar* su propia fe de manera distinta de como lo hicieron sus padres, para poder practicar de veras la antigua fe de sus padres. Nadie puede creer de verdad, mientras se contente con no hacer nada más que lo que hicieron sus antecesores en la fe. Esto supuesto, nos preguntaremos cuál *es* el rostro de la fe de *hoy*, para *realizar* con autenticidad la fe que hoy *se* nos exige.

2.° Fe en una situación determinada

En un mismo momento histórico la única fe cristiana y católica puede presentar diversos rostros, porque *se* puede vivir de formas muy variadas. Cristianos sicilianos y berlineses; hombres de 70 ó de 30 años; centroeuropeos o africanos; católicos mediterráneos que viven de forma estática, y católicos nórdicos que tienen que vivir *a lo protestante*; campesinos, técnicos y hombres masificados por la ciudad...

Nos referiremos no a todos los creyentes, sino sólo a algunos de ellos, y a partir de una situación determinada. No será, pues, de extrañar que no todos se reconozcan en la imagen de la fe que vamos a dar. Lo importante es que esta imagen *también se* da; y que en nuestra típica situación existencial centroeuropea muchos deberán reconocerse en ella.

3.º Fe como tarea que cumplir

Pero por el solo hecho de creer no se posee ya sin más la forma de fe que hoy se nos pide. Podemos desfigurar el rostro de la fe, si ésta no responde a las exigencias de los tiempos. La fe no es solamente una gracia, sino también una tarea que debemos cumplir. Y podemos llevarla a cabo de manera equivocada. Cuando, por ejemplo, la fe debería ser abierta, podemos *realizarla* como fe de *ghetto*, fe perpetuamente en guardia, fe mojonada, fe soberbia o sabihonda, fe de pequeño burgués, etc.

Por esto es tan importante cobrar conciencia de la forma de fe que hoy se nos exige. Si el creyente no acomete animosamente la tarea de dar a la fe su rostro actual, su fe le resultará mucho más *peligrosa* que si no se hubiese tomado la molestia de exponerse a ese riesgo.

Y basta de preámbulos. Intentaremos ahora señalar, sin pretensiones sistemáticas, con sencillez, algunos rasgos distintivos de este rostro de la fe. Fundamentalmente todos esos rasgos fluyen de la misma esencia de la fe. Pero no emergen por igual en todos los tiempos, y, por consiguiente, no siempre pueden experimentarse y *realizarse* con la misma peculiaridad.

La prueba de todo cuanto diremos se insinuará sólo muy de paso. No pretendemos en todo lo que sigue preferir nuestro tipo de fe al de otros tiempos. Pero si reconocer que es diferente; tanto si se quiere como si no se quiere.

II-RASGOS DE LA FE DE HOY

1. Fe fraterna

Fe fraterna en el sacerdote significa que el sacerdote, en la realización de su propia fe, ha de mirar al otro como hermano. Hermano es el laico, es todo hombre de hoy, es incluso el que piensa no tener fe, y el que verdaderamente no cree.

Esta referencia pertenece a la esencia misma de la fe, y de la fe sacerdotal. Porque hay una relación esencial entre fe cristiana e Iglesia -esa *multitud de los creyentes* de que Dios se vale para comunicar su Mensaje y para llamar a la fe a cada particular-. La fe presupone la comunidad y la crea.

Pues bien, uno de los rasgos distintivos de nuestra forma de fe ha de ser el mirar a los hombres como hermanos. No mirar al hombre *abstracto*, sino al hermano *concreto*, de aquí y de este momento, tal como es hoy.

Humilde

De hecho, los sacerdotes corremos el peligro de creer para nosotros mismos que nuestra fe es diferente de la de los laicos. Lo cual resulta hoy más insoportable y más peligroso que nunca, para nosotros mismos y para los demás. Es verdad que somos mensajeros de Dios y dispensadores de sus misterios. Pero olvidemos (no en teoría sino en la vida práctica) que somos tan creyentes como los demás. Con todo lo que la fe supone de

dificultad, de riesgo, de tiniebla, de tentación, de obligación de ser siempre reconquistada.

Nos comportamos sin querer como los *peritos* de Dios, sus órganos administrativos en el gobierno del mundo. Creemos defender y propagar la Iglesia y la obra salvífica de Dios, y, sin darnos cuenta, estamos en realidad defendiéndonos a nosotros mismos. Actuamos a menudo como si los planes de Dios no tuvieran secretos para nosotros, y pensamos que los demás harían bien en aprovecharse de nuestras enseñanzas. Por esto no entramos fácilmente en diálogo con los demás cristianos; no estamos convencidos de que podemos aprender de ellos, de su fe y de su necesidad de creer.

Y sin embargo nuestra fe debería ser hoy fraterna. No la fe de *los beati possidentes*, sino una fe humilde. Colocarnos en las filas de los que creen, fatigosa y combativamente, y creer junto con ellos. Con los que se preguntan qué valor tienen *las* fórmulas de la fe y qué es lo que propiamente significan. Con los que se ven a menudo asaltados por la tremenda sospecha de que todo el edificio de la fe no es más que una superestructura tradicional que tapa la auténtica realidad.

Creíble

Crear fraternalmente significa no enseñar y no dar testimonio sino de lo que uno mismo vive (o al menos intenta vivir) entre dolores y plegarias. Significa luchar diariamente contra la rutina del vocabulario teológico y de incontables recetas morales que repetimos sin haber siquiera entendido.

Seamos a nuestros propios ojos y a los de los laicos, hombres que buscan, preguntan, luchan y oran como ellos: *Creo, Señor, ¡ayuda mi incredulidad!* No pensemos que debemos creer de manera distinta de la de nuestros hermanos los laicos. Creamos fraternalmente: sólo entonces nuestro Mensaje podrá ser creíble y servir de ejemplo para los demás.

Sobria

Lo que acabamos de decir vale también frente a los que piensan no tener fe, o los que no la tienen. La fe fraterna del sacerdote debe ser un *com-padecer* la necesidad de fe del mundo de hoy. Sería pueril pensar que la pérdida -real o aparente- de la fe en nuestros días, y que la actual falta de fe son únicamente resultado de la mala voluntad de los hombres. El hecho tiene un fundamento objetivo: la pluralidad de culturas, la progresiva liberación del hombre frente a tantos condicionamientos sociológicos, la misma idea -cada vez más arraigada- de la no-mundanidad de Dios, etc. Estas y otras muchas circunstancias crean un ambiente que, si no justifica la aparente disminución de la fe, la hacen al menos comprensible.

Y ¿cómo nosotros, sacerdotes de hoy, podríamos tener una fe fraterna para con los que aparentemente no creen, cómo podríamos *com-padecernos* de su necesidad de creer y pedir para ellos la gracia de la fe, si actuamos como seres distintos de ellos? Tenemos la obligación y la gracia de llegar a la fe en Cristo a partir del punto en que ellos se

encuentran. A partir de un mundo científico y técnico, desdivinizado y sobrio, en que no hay milagros cada día, y en el que Dios mismo parece esconderse.

Nuestra forma de fe debe reflejar la situación terrena actual. Fe de un hombre a quien la palabra *Dios* no le viene fácilmente a los labios, y que no presume de tener la clave de sus misterios. Fe de un hombre modesto, fríamente escéptico, hombre de hoy -como el mismo incrédulo-. Y que, sin embargo (o precisamente por esto), cree.

Modesta

Pero entonces, ¡cuántas cosas deberíamos borrar del rostro de nuestra fe, que no la hacen nada fraternal! Ese tono falso de fácil convicción, ese presentar el cristianismo como una receta barata para solucionar todos los problemas actuales y para penetrar todos los secretos del mundo, en vez de presentarlo como el imperativo santificador de entrega radical a un misterio de amor indecible.

Bien está poner en guardia frente a los peligros y malentendidos de Teilhard de Chardin. Pero mejor sería que los teólogos se preocupasen de levantar el edificio de la fe sobre la base del *sentido del mundo* de hoy. (Lo cual no significa la aceptación sin más de la actual visión no cristiana del mundo). Las advertencias ante las deformaciones del Mensaje cristiano no pueden convencer cuando se hacen con tono clerical de superioridad y de sabelotodo. Como si los nuevos interrogantes no hicieran más que perturbar lo que ya está esclarecido hace tiempo; o perteneciesen a un campo, el científico, poco interesante desde el punto de vista religioso.

Si tuviéramos una fe fraterna, los llamados incrédulos no tendrían tantas veces la impresión de que no hacemos más que defendernos a nosotros y a nuestra Iglesia burguesa. Comprenderían que les defendemos fraternalmente a ellos -y con ellos a nosotros-, de la caída en el abismo de la desesperación o de la resignación cansada. Que Dios nos conceda una fe fraterna.

2. Fe peligrosa

El rostro de la fe de hoy presenta un segundo rasgo característico: el aceptar su *peligrosidad*, el exponerse. ¿Qué queremos decir con esto?

La fe, esencialmente en peligro

Cada tiempo tiene su propia tarea. Pues bien, lo que constituye hoy la tarea y el distintivo de la existencia cristiana es la fe. -No podemos ahora detenernos en razonarlo.. Y no sería cristiano maravillarnos o asustarnos de que nuestra fe sea precisamente una *fe puesta en peligro*.

En Teología hablamos, un tanto descarnadamente, de que la seguridad y firmeza de la fe no excluyen la posibilidad de ponerla en duda y aún de perderla. Perspectiva que, naturalmente, no nos hace la menor gracia. Sin embargo, este riesgo de la fe, esta

inquietante situación de que la fe configure hasta los últimos estratos de mi existencia, es la situación sin la cual no puede haber fe. Peligrosidad esencial de la fe.

Todo esto no se opone a la tradicional enseñanza de que debemos proteger nuestra fe de peligros superfluos, evitando ambientes y lecturas contrarios a la fe, etc., y de que debemos desconfiar humilde y prudentemente de nosotros mismos. *Por primera vez* la cuestión es hoy la siguiente: *¿Hasta qué punto* nos es realmente posible esta huida? *¿No deberíamos* más bien adoptar, precisamente para proteger la fe, una táctica distinta de la de tiempos antiguos? Actuar hoy igual que antaño, cuando había un clima espiritual de credibilidad homogénea y de seguridad en la fe que hoy no existe, *¿no supondría* represiones vengativas, más que sabias cautelas?

Aceptar la peligrosidad de la fe significa reconocer serenamente que hoy el sacerdote y el teólogo, como *particulares*, no pueden presentar a cada hombre una prueba apologética *positiva y directa* de la posibilidad y obligación de creer en la Revelación cristiana, tal que satisfaga plenamente las exigencias de todas las ciencias relacionadas con la fe.

Fuerza y flaqueza de la fe

Aceptar la peligrosidad de la fe significa reconocer el peligro de atrofia que nos acecha constantemente en la realización concreta de nuestra fe. Y *¿cuántas veces* los sacerdotes sustituimos fe auténtica por rutina pastoral y teológica) *¿Qué peligro* tenemos de convertir nuestra fe en una superestructura ideológica, que encubre en el fondo una concepción profana de la existencia *¿Por qué* no reconocerlo? Si nuestra fe es obra de la gracia de Dios, no peligrará cuando confesemos *Creo, Señor, ¡ayuda mi incredulidad!*, cuando reconozcamos que, en definitiva, no somos nosotros, ni nuestro ingenio, ni nuestra Teología quienes protegen a la fe de sus peligros, sino Dios.

Basta que confesemos humildemente nuestra debilidad, para que la fuerza de Dios se haga poderosa en nosotros. Aceptar la peligrosidad de la fe es percatarse bien de esto, y experimentar vitalmente que la Salvación viene del peligro mismo.

Sólo Dios salva

De hecho, lo que hoy pone en peligro a la fe no son dificultades particulares de orden científico, exegético o histórico-religioso, como en siglos pasados. Lo que hoy está en peligro no son afirmaciones particulares, sino la misma fe, la posibilidad de creer, la capacidad de poder tener una convicción firme durante toda una vida. *¿Cuántas cosas* amenazan hoy la fe en su totalidad) El vacío, la pérdida del sentido de la vida, la fatiga metafísica, la importancia del espíritu frente a la fuerza de la carne, la brutalidad aparentemente absurda de la Historia, el darnos cuenta de que las expresiones con que formulamos nuestra fe, proceden de un mundo espiritual que ya no es el nuestro...

Hemos de reconocer todo esto, hemos de arrojar la careta de las falsas explicaciones tranquilizadoras, y enfrentarnos sin miedo ante ese mortal vacío, igual que el positivista o el escéptico más convencidos. Sólo ante esta situación radical surgirá en el hombre la

convicción de que ni él ni el mundo son Dios, Que Dios es el Misterio inaccesible al que el hombre debe entregarse.

Y cuando uno llega a comprender que este Misterio se nos comunica, cesa esa situación radical y comienza el Cristianismo. Pero es necesario que primero, renunciemos a cubrir artificialmente el abismo sin fondo de la existencia, y que arrastremos humildemente el peligro, en toda su abisalidad y en toda su angustia. Entonces, en ese mismo peligro, nos aparecerá la Salvación, a través de sólo Dios.

3. Fe sencilla

El problema que hoy se nos plantea es el de la radical simplicidad y unidad de nuestra fe y de nuestra experiencia de creyentes. Es éste el tercer rasgo que hay que destacar en el rostro de la fe de hoy. Estamos de acuerdo con la tan sabida doctrina de que no hace falta conocer explícitamente todo el contenido de la fe predicada por la Iglesia, y que incluso puede ser mejor así. Prescindamos de esto, y consideremos nuestro propio caso: el de una fe desarrollada y detallada en todo su contenido, gracias al estudio de la religión y de la Teología. Aun en este caso, el problema de la simplicidad sigue en pie.

Unidad vivida de la fe

Hoy más que nunca la decisión de creer y la capacidad de realizar existencialmente la fe, dependen de que el contenido de la fe no aparezca como una colección interminable de sentencias, todas ellas con la etiqueta de garantía de la autoridad de Dios como pegada por fuera. Al hombre de hoy no le cabe en la cabeza que Dios -el trascendente, el absoluto, el incomprensible- se haya dedicado a revelarnos parcialmente una porción arbitraria de frases aisladas, guardándose en su tesoro otras muchas que no le ha parecido bien comunicarnos. Frases que además hay que aceptar como axiomas doctrinales, sin que uno llegue a comprender del todo lo que esto significa en su existencia humana.

El hombre de hoy no se explica cómo, fuera de una determinada Historia (Israel y el Cristianismo) y de una poca filosofía natural, no se haya dado solución satisfactoria al problema religioso del sentido de la existencia.

Todo esto significa que la, fe cristiana, para poder responder a las auténticas cuestiones actuales, debe aparecer como la única, simple y total respuesta de Dios a la única y total pregunta que formula el hombre como existente concreto que es. De tal manera que la Revelación, en su historia y contenido, aparezca con la máxima unidad y sencillez. Y en este aspecto, ¡qué tarea tan enorme le queda todavía a la Teología! (Se habla sin reparo de las tareas de la Teología. Pero en cuanto se alude a tal o cual labor concreta y urgente que está todavía por realizar, los portadores de la Teología se sienten ofendidos. Parece entonces que todo está ya bien claro y solucionado; y que los que opinan lo contrario son unos perpetuos descontentos que disfrutan enturbiando las cosas).

Esta anhelada reunificación y simplificación de las expresiones teológicas no debería consistir únicamente en unificar y clarificar las actuales formulaciones objetivas. Sino que, mediante una especie de mayéutica bien clara, debería mostrar cómo la realidad de

la predicación histórica y oficial de la Revelación se puede experimentar existencialmente *desde dentro*. Y esto, por el hecho de ser el hombre un *ser alcanzado por la gracia*.

Esta reunificación, todavía lejana, del Mensaje cristiano debería hacer la síntesis con los rasgos característicos del hombre y del mundo de hoy, en lo que tienen de sobrio, de objetivo, en su angustia ante las palabras sonoras, en su sentir la inadecuación que existe entre las expresiones sublimes y la simple realidad.

Reducción de la multiplicidad del Dogma

No pretendemos aquí insinuar siquiera el modo de realizar semejante tarea. Permítasenos, con todo, apuntar tímida y cautelosamente, algunas ideas.

Habría que comprender que en el Cristianismo no hay más que tres Misterios básicos, íntimamente trabados entre sí: Trinidad, Encarnación, y divinización por la Gracia. Comprender que el hombre es una apertura absoluta de disponibilidad radical ante el absoluto Misterio de Dios. Y comprender que este Misterio se entrega amorosa y gratuitamente al hombre, y, sin dejar de ser Misterio, Dios se acerca y habla. Habría que completar una Cristología a posteriori sobre Jesús de Nazaret, con una Cristología a priori, existencial, de la Encarnación. Es decir, que partiendo de una antropología metafísica, hiciese comprensible que la absoluta autocomunicación y manifestación de Dios y su aceptación definitiva de parte de la humanidad, implican necesariamente el dogma cristológico de Calcedonia.

Entonces, creo yo, se habría dado un gran paso en esa tarea de simplificación; aunque lo que acabo de enunciar parezca abstracto y aparentemente más difícil que las fórmulas tradicionales. Al hombre de hoy no le estorba el que la religión presente este tipo de riqueza y complejidad.

¡Ojalá que al menos apareciera con claridad que lo más íntimo del Cristianismo es lo más claro y lo más divinamente sencillo: El Misterio de Dios como raíz de nuestra existencia; y el hombre que acepta el amoroso acercamiento de este Misterio!

"Distribución de peso"

Pero cabe todavía una mejor formulación de este rasgo de la fe de hoy. Con frecuencia nos ocurre en nuestra vida de fe lo de que *los árboles no dejan ver el bosque*. Habría que reordenar y perspectivizar los mismos contenidos de la fe, hacer como una *distribución de peso* que los jerarquizara y simplificara.

A los hombres no les resulta fácil, por ejemplo, saber qué es oración y cómo se hace. ¡Cuánto cuesta llegar a comprender que la oración no es autosugestión, que la palabra *Padre* no es una proyección gigantesca de representaciones infantiles, que las palabras de la creatura ante Dios tienen un sentido! Y nosotros, en vez de esforzarnos por lograr esta sencillez en la fe, la complicamos con razonamientos dogmáticos que dificultan al hombre de hoy el ejercicio de la fe.

Un ejemplo

Supongamos, por ejemplo, que un sacerdote tropieza con la tarea de tener que hacer ver a un laico -no a una viejecita piadosa, sino a un ingeniero realista o positivista- que él, el ingeniero, ha tenido ya determinadas experiencias de la gracia divinizante, y que esta especie de *mística* es una experiencia obvia e ineludible en el existir cristiano. Apostaría que buena parte del clero capitularía ante tamaña empresa. Apostaría incluso que muchos confesarían que jamás han tenido semejantes experiencias. No porque no las hayan tenido en realidad, sino porque para ellos (como para la mayor parte de los laicos) el mundo de la fe es algo puramente conceptual, inexperimentable.

Un Cristianismo tan extrínseco y tan conceptualmente pluralista, no puede ser para los laicos más que un sistema mal aprendido, que ellos no logran distinguir de las vagas ideologías que siguen con vida por razones de conservadurismo sociológico.

Es verdad que detrás de todo ese armazón conceptual e institucional está la gracia. Pero esta gracia es una gracia que actúa, que se experimenta -aunque de manera inconsciente-, y que va simplificando y unificando aun ese Cristianismo conceptual.

4. Fe trascendente

El, cuarto rasgo de la fe de hoy es lo que podríamos llamar la *trascendentalidad* de la fe y de su forma de presentarse. ¿Qué queremos decir con ello?

La inefabilidad de Dios

Todo teísmo filosófico y teológico sabe perfectamente que Dios está muy por encima de todo lo que existe o puede pensarse fuera de Él. Este Dios *absoluto* debe ser el *Dios concreto* de la realización concreta y categorial de la religión: pero lo debe ser precisamente en cuanto Dios *absoluto*. Para lo cual es preciso que en el acto de la religión categorial y concreta, siga siendo *Dios*, es decir, el inconmensurable, el inabarcable, el incomprensible.

El hombre de hoy tiene una sensibilidad muy despierta para comprender que Dios es solamente eso: Dios. Y, en realidad, se ha vuelto ateo únicamente frente a un Dios que no era más que un broche, una pieza suplementaria del mundo. No podemos recorrer ahora las razones de esta explicable desmundanización de Dios. Sólo pretendemos mostrar que el rostro de nuestra fe de hoy debe tener muy presente este secular proceso de trascendentalización.

Si examinamos bien cómo pensamos y hablamos a los demás acerca de Dios, no nos extrañaremos de que con frecuencia resultemos tan poco convincentes. Pensemos, si no, por un momento: ¿No hablamos demasiadas veces de Dios como *si le hubiésemos visto las cartas, como si fuéramos sus consejeros privados o sus jefes de distrito?* ¿No hablamos como si Dios fuese un Jefe de Estado que a duras penas logra mantenerse en el gobierno del mundo; y no aquel cuyo poder y voluntad están por encima de todo el universo, y que no debe dar a nadie cuenta de sus actos?

Pensemos en los *subtonos* que, por pereza o rutina, nosotros los sacerdotes ponemos de nuestra cosecha en la predicación, como si fuesen partes integrantes del Mensaje cristiano, y que lo convierten en irrealizable para los hombres de hoy. La representación de Dios que se traduce en algunas expresiones teológicas (no precisamente en el auténtico Dogma cristiano), es de lo más primitiva y categorial, está formulada demasiado unívocamente con los conceptos del mundo para que les resulte digna de crédito.

Es verdad que la buena Teología evita esta vulgaridad, pero habría que ver si la predicación corriente, la teología escolar de muchos problemas, y la realización concreta de la fe, evitan suficientemente esa categorialización primitivista de Dios. Y esto puede ponerse seriamente en duda por lo que respecta a nuestra actual situación centroeuropea.

Cuando expresamos nuestra fe, no nos es lícito tener o dar la impresión de que sabemos más de lo que al hombre le es dado saber sobre el Misterio absoluto. Que se vea bien que nuestras expresiones teológicas no se acomodan a frases humanas, sino al Misterio de Dios que sobrepasa todos los conceptos. Que nuestra palabra no aporta sólo conceptos, sino que bajo ella -como Palabra eficiente del Evangelio- se verifica la comunicación y la aceptación de Dios mismo en su gracia.

Todo esto está dicho de una forma terriblemente abstracta... Pero no podemos entretenernos en aducir ejemplos para ilustrar esta falta de trascendentalidad en la concreción, de nuestra fe. El que tenga oídos para esto, ya los encontrará.

Presencia de Dios

Esta trascendencia de la fe trae consigo otro momento. La palabra Dios no significa un elemento más del mundo y de nuestra experiencia, sino que es el horizonte y el fundamento de todo. Dios está siempre ya dado como el *hacia dónde* de la ilimitada trascendencia del espíritu, el que está siempre silenciosamente escondido en el ser del hombre (sin que esto signifique ningún ontologismo). Y, como nos dice la fe, esta presencia de Dios es el fundamento de un posible movimiento hacia la visión inmediata de Dios (mediante lo que llamamos la autocomunicación de Dios en la gracia). Dios se nos hace presente, y no sólo como Dios silencioso y oculto, sino como dador de la *gracia*, de aquella gracia también que diviniza la trascendencia constitutiva del hombre.

De aquí resulta que nuestra pastoral se dirige siempre a un hombre que -lo sepa o no lo sepa- es un cristiano anónimo, es decir, un hombre a quien la gracia divinizadora le está permanentemente ofrecida por Dios Salvador. Persuadámonos de que vivimos entre hombres que son *paganos*, sí, pero que ya están *tocados por la gracia*, aunque todavía no se hayan encontrado a sí mismos. Esto ensanchará nuestra fe. El rebaño de Dios no vive exclusivamente entre feroces lobos, sino entre ovejas que, quizás estén descarriadas, quizás no hayan encontrado aún la casa paterna, pero que sólo por fuera parecen lobos. Por dentro, hace tiempo que la gracia de Dios les transformó o pudo transformarlos en mansas creaturas de Dios, aunque ni ellos mismos lo sepan.

Esta fe sabe que el Reino de Dios y el poder de su gracia llegan más lejos que la palabra y el poder de la Iglesia. Esta fe mira al llamado *incrédulo* como a un hermano cuya

gracia no está todavía *a punto*, pero que puede salvarse, a pesar de que, por nuestra culpa, no haya sido capaz de reconocer la Salvación en el Mensaje que nosotros le presentamos.

Esta fe deja que Dios sea más poderoso, magnánimo, paciente y misericordioso que nuestro espíritu, nuestras palabras y que la misma Iglesia. Lo cual llena de confianza en la victoria, porque sabe que Dios triunfará allí donde nosotros mismos no hemos acertado y hemos sido derrotados.

Esta fe es paciente, es discreta -Dios no necesita de nuestra propaganda chillona-, no se avergüenza del Evangelio, porque sabe la infinita distancia que hay entre la palabra y la misma Realidad; sabe que su palabra no es más que un eco de aquella otra Palabra -el propio Logos de Dios-, que Él dirige por la gracia a lo más íntimo de cada hombre.

CONCLUSIÓN

Lo que he intentado decir no tiene la pretensión de ser la última palabra sobre la fe. Sólo he tratado de señalar algunos rasgos de la *forma* concreta de fe de *hoy* o de *mañana*.

Permítanme que, para concluir afirme y alabe una vez más a esta fe. La fe de nuestros padres y de nuestra propia vida. La fe que siempre existió, y que encontró en Jesucristo la unidad absoluta entre promesa y cumplimiento. La fe de la Iglesia, en la que se combinan lo más íntimo de la gracia de Dios con lo oficial y severo de la palabra. La fe que confesamos y predicamos con torpe balbuceo, pero que Dios mismo se encarga de que no se aparte de la verdad. La fe amorosa que nos justifica. La fe que cada día debemos pedir humildemente, en la oración y en la lucha, porque es una gracia de Dios, y porque nosotros somos incrédulos y débiles.

Hermanos, concluyamos en voz baja, para no ahogar con nuestras palabras humanas chillonas y pretenciosas la Palabra queda y poderosa de Dios que habla en nuestro interior. Digamos simplemente: Señor, ¡ayuda mi incredulidad!, dame la gracia de la fe en Jesucristo Nuestro Señor, en su Evangelio y en su gracia salvadora.

Tradujo y condensó: GABRIEL CODINA